

## Capítulo IV: El despertar del dragón

*Neba se despertó cuando el sol empezaba a clarear el cielo. Se levantó y emprendió el viaje en su último día por el desierto. Sentía que, cada vez más, las fuerzas le fallaban, que aquella joven, a la que había entregado su vida, sufría y que su luz se iba apagando como una vela al quedarse sin mecha, y él sufría, sufría por dentro, ya que sabía que sería muy difícil conseguir que ella sobreviviera.*

*A la noche llegó a la ciudad fortificada de Nardu, la ciudad donde empezaba a haber hierba, de nuevo.*

*Un guardia vio a un joven de pelo oscuro y largo, de ojos color miel que esperaba entrar en la fortaleza, se acercó a él.*

*–Joven, has llegado tarde, debes esperar hasta mañana para entrar en la ciudad.*

*–Me da lo mismo, pero ¿me haría un favor? – dijo con un curioso acento.*

*–Según... – le respondió.*

*– ¿Me podría dar agua?*

*El soldado buscó su cantimplora entre el metal de su armadura, pero era tarde...*

*– Huelés a muerte – le exclamó el extranjero, y cogiendo el arma del aterrado guardia, lo mató de un tajo en el pecho que empezó a sangrar sin remedio, y volvió a ocurrir: vio a alguien que en realidad no había muerto segundos atrás, sino a un cadáver ya descompuesto...*

*El joven se relajó, acercó la mano a la calavera y, en unos segundos, había adoptado la apariencia del muerto.*

*Caminó por los pasillos que había dentro del muro. Luego, al salir al exterior, en una esquina apartada, se convirtió en un muchacho de barbilla afilada, piel clara y melena rubia hasta el cuello. Vestía oscuras ropas y su mirada era seria y no dejaba ver ningún atisbo de felicidad.*

*Se oyeron unos pasos, el joven calculó que serían dos patrullas, asomó la cabeza por la pared y pudo ver cómo los soldados entraban en una gran edificación, que él reconoció como la prisión.*

*Giró hacia una calle cercana y entró por una puerta, pero con la apariencia de una chica alta, fuerte, de tez morena y pelo rojizo recogido en una gran trenza*

que caía por la espalda, ancha y recta. El tabernero la miró con curiosidad a los ojos, ya que eran de color miel y ligeramente alargados.

—¿Me daría cerveza?

—Sí, sí... — dijo el señor un poco nervioso.

—¿Y me diría qué hay de comer? — siguió.

—Sí, sí... Hay sopa y carne de pájaro de los acantilados.

—Ya sé lo que es un *ķewen*, no hace falta que me lo explique — aclaró cortante.

—Sí, sí, perdone.

La “mujer” miró el entorno. Era un local de dos pisos, seguramente con cuartos para alquilar. La mayoría era de madera: había bastante haya y algunas decoraciones con roble. El sitio era animado, la gente hablaba y cantaba, alegre y contenta. Vio a tres hombres, que podrían ser guardias, jugando a dados entre risas, a un comerciante de especias y a un granjero, hablando del estado de la tierra, y a un grupo de jóvenes cantando alegres y hasta las orejas de beber vino y cerveza.

El camarero se acercó a ella y le entregó un cuenco a rebosar de sopa y un plato con un pollo pequeño de carne rojiza, acompañado con patatas.

Cogió los platos y se dirigió a una mesa, desde donde podía ver a la perfección, todo.

Cuando empezó a tomar la sopa. Un hombre de mediana edad, alto, fornido, que no se había afeitado, se le acercó y se sentó en la silla de enfrente.

—¿Estás sola? — le preguntó mientras miraba de una forma que no pareció gustarle.

—¡No te importa! — gruñó, mientras lanzaba una mirada horrible.

—Si estás sola, puedo acompañarte... — insistió.

—¡Piérdete! — bramó.

—No hace falta ser brusca — continuó.

—¿Me vas a dejar en paz de una vez? No me dejas comer tranquila, y además tu olor me da ganas de escupir. — dijo, y añadió mirando con una burla de superioridad — Das asco, los cerdos son más limpios que tú.

—¿Qué dices? — chilló. El comentario no le había gustado en absoluto, y su cara se volvió roja de rabia. Empezó a escupir palabras que deberían de haber sonado hirientes, pero dichas por él, sonaban tontas y sin sentido.

Todo el bar empezó a reírse a carcajadas al poco tiempo. El hombre, asqueado, levantó una mano con intención de pegar a la joven pelirroja, pero gracias a los rápidos reflejos de ella, no pudo.

Recibió un golpe en las costillas, y otro en el estómago. Un hombre, que se identificó como compañero del herido, que se llamaba Karzak, lo ayudó a marcharse de allí.

Un chico de pelo marrón oscuro se acercó a ella y le dijo:

—Karzak es muy mujeriego, siempre que encuentra a una chica no se puede resistir, y va a donde ella. Además, es el hazmerreír de la ciudad, todos lo conocen por aquí, y por desgracia es íntimo amigo de mi padre.

—Si me quieres invitar a una jarra de cerveza, lo pides y listo.

El joven la miró algo sonrojado.

—No, no, es que tengo curiosidad, no sé, como hay poca gente que llega por aquí, y me gusta hablar, pues intento hacer nuevas amistades — se quedó pensando y dijo — ¿Te apetecería, sólo por esta vez, una jarra de cerveza?

Tras invitar a la “forastera” a una jarra, el chico le presentó a su pandilla, que no era ni más ni menos que el grupo de chicos que no paraba de beber.

—Lo siento, ya es tarde y me tengo que ir — se despidió, y se fue por el callejón situado a la derecha del establecimiento. Al rato, la “mujer” se encaminó hacia alguna hospedería pero, oyó un alboroto tan pronunciado que, decidió ir en la dirección que había cogido el muchacho.

Se encontró a tres soldados que habían atacado al joven, junto a otro pelirrojo que había conocido. Uno de los guardias la miró y dijo:

—¡Atrapadla! — los dos guardias que lo acompañaban se dirigieron con las espadas en alto a la caza de la chica, pero ésta no se movió, se mantuvo impassible en su sitio, con una mirada que conseguía hacer que la cabeza te diera vueltas. Dibujó una figura extraña en el aire, con intención de hacer un hechizo, pero las fuerzas le fallaron, y con un movimiento brusco de rodillas, cayó al suelo, sudando y con la mirada fija en el suelo, y comprobó que había vuelto a la forma de un chico rubio. Sintió el filo de una espada en su cuello, y acto seguido, un golpe seco en la nuca producido por un garrote que blandía uno de aquellos hombres. Luego se derrumbó en la tierra, inconsciente.

Se despertó con un dolor punzante y desagradable en la cabeza y, descubrió que a su derecha se hallaba, el joven, que había conocido horas antes, que lo observaba confuso. Miró al suelo y vio que estaba encadenado de pies y manos.

—Lo hacen porque eres mago — se lo pensó un poco y añadió — ¡Me la has jugado buena!

El joven encadenado lo miró e intentó sonreír.

—Gracias... — lo miró pensativo.

—...Yunta. — terminó el chico moreno — Nos han pegado una buena paliza, ahora están con Yué... ha sido quien peor lo ha pasado, y, por si no te has dado cuenta, tienes una pequeña brecha en la cabeza.

—Lo siento, no te puedo ayudar.

—Tranquilo, lo peor que podría pasar sería morir ¿no? Cosa que pasa muy a menudo, desde que vino el tal Zangho ese.

—¿Zangho?

—Sí, es un comandante entrenado en Anchett, por Curdai, el más alto cargo después del rey.

—¿Cómo es?

—No lo sé, —admitió — sólo he oído rumores.

Se oyó el chirrido de una enorme puerta metálica al abrirse, un hombre de largos cabellos rubios, casi blancos, ataviado con negros ropajes que llegaban al suelo, de mirada altiva y penetrante, barbilla puntiaguda y una sonrisa diabólica, enmarcada en unos labios finos y de una tonalidad sangrienta, que provocaba escalofríos, entró.

—¡Qué interesante! — dijo en tono gélido — ¡El mago se ha despertado! — se dirigió, sin hacer ruido en el suelo, hacia la celda en la que los jóvenes esperaban. Acarició la cerradura con una mano blanca, de finos dedos y uñas pintadas con negro azabache que terminaban en punta, como garras, y ésta se abrió sin un solo ruido. Miró a Yunta y, mientras éste se ponía pálido de terror, le espetó:

—Lo siento, pero tendrás que esperar. Quiero divertirme con tu amiguito — y profirió una carcajada que le encogió el corazón. Se giró hacia Neba, que sintió como si lo estuviesen ahogando. Zangho lo condujo por unos oscuros pasillos de piedra, débilmente iluminados con antorchas. Neba olió la muerte en ese hombre, algo que le hizo pensar « ¡No puedo morir aún! »

—Sí que puedes — le respondió aquel comandante.

—Lees los pensamientos. Me lo tenía que haber imaginado.

—Eres listo muchacho — le lanzó una mirada profunda que se convertía, a su vez, en escalofriante en aquellos ojos violeta, alargados y enmarcados en un maquillaje negro — Me gusta torturar a mis presas como si fueran mariposas a punto de ser devoradas por una araña, sabiendo que no hay posibilidad de sobrevivir, viendo cómo llega su fin sin que lo puedan remediar.

Al final del pasillo, divisó un cuarto con similar iluminación. Oía a humedad y hongos, y el musgo y el moho crecían en todos los rincones. El cuarto era circular, de techo alto y muros de piedra grisácea, y en la pared había alrededor de media docena de cadenas, algunas con cadáveres colgando aún.

*En un rincón poco iluminado, Neba descubrió al chico pelirrojo tirado en el suelo, con la espalda ligeramente apoyada en la pared y cubierto de sangre. En otro lugar de la estancia, se podía ver uno de los miembros del joven agonizante, arrancado con crueldad y mostrando una posición extraña e inhumana.*

*El arrestado, miró con ojos que mostraban una expresión indescifrable. Zangho se colocó tras él, alzó el brazo y el muchacho sintió cómo se ahogaba, cómo se retorcían las muñecas y cómo las cadenas se iban acercando más a su cuerpo, más y más cerca, hasta llegar a aprisionarlo en sus lazos de metal.*

*Zangho sonrió, no fue una sonrisa de alegría, era una sonrisa estremecedora, horripilante, macabra.*

*El hombre acarició el cuello del joven con una de sus largas uñas, provocando un hilo de sangre que resbaló por sus dedos que, apresuradamente, se dirigió a lamer, mientras seguía sonriendo y achinando los ojos.*

*El encadenado se debatía entre el metal, intentando soltarse sin éxito. Mientras tanto, el comandante deslizó sus gélidas manos por los brazos de su presa, disfrutando del contacto y sabiendo que Neba sufría, que su alma luchaba contra una amenaza invisible, la amenaza de la mirada de Zangho, la mente de aquel hombre que hacía sufrir cada rincón de su mente.*

*Zangho vio cómo las heridas aparecían en su piel, heridas que sangraban, heridas profundas, heridas que quemaban sus entrañas. Vio cómo se retorció de dolor provocando el tintineo de las cadenas, un ruido metálico que demostraba el dolor que sentía.*

*La piel pálida del torturador brillaba de una forma curiosa y, junto con su malvada sonrisa, dejaba ver el placer que sentía viendo al mago sufrir bajo sus hechizos.*

*Neba había perdido las fuerzas, sentía cómo Zangho exploraba su mente, cómo le enseñaba la realidad, y cómo la manipulaba. Veía a la muchacha de cabellos de seda muriendo de varias formas horribles, veía a Curdai aprovechando que el rey había muerto para conseguir el mando. Pero él sabía que Zangho no podía saber exactamente lo que él veía, porque un muro mental conseguía repelerlo, en parte.*

*Mientras tanto, el hombre se sentía poderoso. A vista de cualquier humano corriente, podía parecer un sádico, pero la verdad era que su mente, retorcida y cruel, veía muy normal dejar que sus labios se humedecieran de ese líquido rojo, tan preciado, que caía de las heridas del chico, que era su más codiciada presa, y él lo aprovecharía en su totalidad. Deslizó su lengua por sus finos labios para disfrutar de la dulce sangre que corría por las venas del indefenso chico. Sabía que era un manjar muy preciado el que bebía, y disfrutaba de esa sensación, sus pensamientos se*

convertían en súplicas, ruegos, que pedían que Neba fuera sólo para él, que Curdai, su amo y maestro, le diera el placer de disfrutar de aquel exquisito lujo para sus sentidos, porque eso le hacía verse poderoso.

Neba veía la obsesión en los ojos de Zangho, en aquellos ojos fríos como el hielo, y sentía el dolor, un dolor comparable a cuando el alma es desgarrada, cuando la piel se separa a tiras.

Y no pudo más.

Gritó, y con ese grito, se liberó, sintió cómo las cadenas se fundían al contacto de su piel, sintió el dolor, pero lo rechazó. Zangho vio en sus ojos el odio, el fuego de color rubí que ardía como un sol vengador, y sonrió, aun sabiendo que podía morir, porque él sabía que si moría, si fallaba a su amo, habría muerto en manos de alguien a quien sabía deseado, o por alguien que lo había cautivado.

La sombra del joven se convirtió en un verdadero dragón de grandes ojos que ardían como metal al rojo vivo. Gritó, o mejor dicho, rugió.

Zangho abrió los ojos, excitado por aquel espectáculo que lo fascinaba.

—Me siento halagado porque tú me mates, ah... —pero no terminó la frase, porque el chico había materializado una espada de asombrosas proporciones, que brillaba con luz propia, y había acabado con la vida de aquel ser.

Vio cómo desaparecía y dijo:

—Dackarr — esa palabra hizo que los cimientos del edificio temblaran.

Puso la mano encima del joven, que horas antes, había sido un chistoso muchacho pelirrojo y dibujó una especie de sello, de forma que su alma quedara inutilizada para el resto de la eternidad, así quedaría protegida. Dejó a su sombra ser como antes, y volvió a vaporizar su arma.

Volvió al lugar donde Yunta, acurrucado y con la cabeza gacha, esperaba a que algo ocurriese.

Neba se acercó a él sigilosamente, como un felino; su compañero no se dio cuenta de su presencia, se balanceaba hacia delante y atrás, como un niño asustado. Levantó la cabeza al sentir el sonido de su respiración junto a él. Neba contempló, sus ojos grandes y la mueca de absoluto horror en su rostro.

Al verlo, Yunta retrocedió hasta que chocó contra la pared, temblaba asombrosamente y de vez en cuando, reprimía una arcada. Volvió a su posición anterior, empezó a murmurar palabras que lo hacían ponerse aún más pálido. Neba fue a agarrarlo por el hombro, pero Yunta gritó, fue un grito de miedo:

—¡NO! — sus ojos se agrandaron más, sus pupilas parecían, solamente, dos puntos en un mar de terror.

—¿Qué pasa? — preguntó mirándolo con sus grises ojos.

–Dackarr...– la voz le temblaba exageradamente – alguien lo ha pronunciado... su nombre – con la vista fija en algún punto del Más Allá prosiguió – Todos saben que murió... No ha podido volver del infierno...

–...Eso no es todo...– Neba dejó que él terminara su frase.

–He visto a Zangho, – al pronunciar aquel nombre se estremeció – con esa sonrisa que da miedo...– reprimió otra arcada, la piel se le erizó – me ha dicho que su amo va a matar a Neba. Eres tú, ¿me equivoco?

–No – el joven rubio le dio la mano y le ayudó a incorporarse – pero para que me pueda matar, tengo que salir de aquí – su determinación le dio a Yunta fuerzas y, poco a poco, su piel fue recobrando el color.

Recogieron todas sus pertenencias, se dispusieron a salir, subiendo una escalera de caracol.

–Ya vienen.

Se oyó un alboroto casi ensordecedor que provenía de las escaleras. Neba volvió a hacer aparecer la espada, que brillaba con una misteriosa luz palpitante, como si tuviera vida propia. Sacó el libro de su bolsa. Un grito hizo que las decenas de soldados se detuviesen de repente.

–¡Hayo, tayo ne! – la voz del joven Yunta resonó en toda la estancia, retumbando en las paredes y haciendo retroceder a los soldados uno o dos pasos, al reconocer la voz de Zangho... o Dackarr. Entre sus manos apareció un arma, que al principio no pudo distinguir, pero que, al cabo de unos pocos segundos, descubrió que era una espada de un negro azabache que dejaba al descubierto que había pertenecido a Zangho.

Su voz volvió a sonar.

–He otorgado mis poderes a este joven, espero que los aproveche. Mi amo no puede utilizarme más, porque eres más fuerte que yo – y con una espeluznante carcajada, agregó – Creo que me he vuelto demasiado débil en el infierno.

Algunos soldados intentaron retroceder pero, una orden de sus superiores, consiguió que se mantuvieran en sus puestos.

Neba miró a los ojos a Yunta y vio, de alguna manera, a Zangho, escondido en el brillo de su mirada, esperando un ansiado momento.

Los guardias se abalanzaron sobre ellos, blandiendo sus armas con fuerza.

Neba observó cómo los atacantes se acercaban más y más. Yunta agarró con fuerza la empuñadura de su espada, giró el arma y vio una gema blancuzca incrustada, justo donde el filo nacía. El negro metal profirió un brillo helado. Yunta dirigió una mirada de complicidad a su compañero, y con un grito, se abalanzaron hacia el grupo de soldados que los aguardaban.

Los dos muchachos volaban sobre los cascos de los guardias, esquivando y atacando, haciendo brotar ríos de tinta roja. Corrían y corrían, pisando las frías losas del suelo que vibraban con el sonido de los brillantes cascos al caer. Los jóvenes subían los escalones, blandiendo las espadas de forma bárbara, como dos diablos

Muchos de los soldados, al caer, dejaban al descubierto su estado de putrefacción, otros se volvían polvo y los últimos, se retorcían en el suelo sin poder hacer nada contra las mortales heridas que los matarían.

Al llegar a la cima de la escalera, Neba se arremangó una de las mangas, dejando al descubierto una especie de negra cicatriz que, cuando el chico abrió la mano, brilló como el metal al ser blandido. Con la mano derecha dibujó un signo parecido a un monstruo. Todos los soldados perecieron entre gritos de agonía y dolor, pidiendo auxilio a los dioses, aun sabiendo que no la obtendrían.

Un fuerte olor a muerte fue captado por las narices de los dos muchachos. Neba retiró la mirada de sus ex-adversarios. Yunta, en cambio, miró con una especie de brillo en los ojos, la masacre. Al darse cuenta de eso, Yunta supo que no sería el mismo nunca más. Cerró la mano con fuerza, clavó las uñas en su carne y Yunta comprendió, con horror, que le gustaba. « Soy como soy » pensó, y decidió sacarle el mayor provecho.

—Yunta, hay que salir — le apremió Neba.

—No, no me llames así. — dijo mientras miraba su mano herida con una mueca entre asco y gusto — Llámame Ezhen.

Su compañero lo miró incrédulo aunque asintió en silencio.

—Yo no soy Yunta, ni Sangho, ni siquiera Dackarr... No tengo identidad, pero sé que existe, o sea, necesito un nombre. — hizo una larga pausa, levantó la vista — Me llamo Ezhen Rey, olvida lo de Yunta.

—De acuerdo. Pero nos tenemos que ir de aquí. ¡Rápido!

Se alejaron de prisa, hasta que las sombras los cobijaron entre sus brazos. En la penumbra, Ezhen alzó la espada y, de un solo movimiento, se cortó el pelo, dejando que ondeara con la fina brisa nocturna. Los finos mechones de cabello cayeron en el suelo, acariciándolo suavemente.

—¿Cómo saldremos de la ciudad? — preguntó Neba.

—Sé de alguien que nos puede ayudar.

Caminaron silenciosos por las callejuelas de Nardu. Parecían mucho más estrechas y misteriosas que cuando el sol había empezado a declinar. Había una sensación de amenaza en el entorno y el ambiente era acechante, como un cazador esperando cazar a un pobre animal.



*Se cruzaron con cinco guerreros, pero el encuentro duró poco. Los dos chicos los pillaron desprevenidos, y los abatieron en cuestión de segundos. Ezhen se quedó observando el filo teñido de sangre de su enigmática espada, se acercó el metal a los labios, pero reaccionó deprisa y lo limpió en su pantalón. Su frente se empapó en un instante. Con voz temblorosa dijo:*

*—Mejor sigamos.*

*Ezhen se detuvo en un callejón oscuro como una noche sin estrellas.*

*—Por aquí — le hizo señas para que mantuviese la prudencia.*

*raz.hereinsuge.com*